

PÉRDIDA EN EL TEMPLO [134][272]

2026

Contemplación (día 27)

Toca ahora entrar en otra Meditación que está en el número [134]. Dice San Ignacio:

[134] 3º día. *El tercero día, cómo el niño Jesús era obediente a sus padres en Nazaret, núm. [271], y cómo después le hallaron en el templo, núm. [272]¹ y así conseqüenter² hacer las dos repeticiones y traer los cinco sentidos.*

Recordemos siempre de comenzar con la oración preparatoria que se encuentra en el número [46].

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Empecemos leyendo la historia tal como la narra San Lucas en su Evangelio, capítulo 2, versículos 41 al 50. Dice San Lucas:

La historia: (Lc 2, 41-50).

Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca.

Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Hasta aquí el Evangelio de San Lucas, Capítulo 2. Entonces es un Misterio de Dolor y un Misterio de Gozo:

- * Es recordado y meditado en el Quinto Misterio Gozoso del «Santo Rosario»: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo.
- * También es recordado y meditado en el Tercer Dolor de los «Siete Dolores de la Virgen»: La pérdida de Jesús.

Todo en el mismo Misterio.

¹ Ver página 2.

² conseqüenter: consiguientemente.

Composición del lugar:

Imaginaré el viaje a Jerusalén, el camino hasta llegar a esta Ciudad Santa. Veré con la imaginación el Templo que era algo realmente maravilloso por su grandeza, su magnificencia.

Petición:

Como petición, el último preámbulo, seguimos pidiendo como en toda esta Segunda Semana de los Ejercicios Espirituales:

[104] 3º preámbulo. El 3º: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Este es nuestro objetivo: **Jesús** es el objeto de nuestra fe, el objeto de nuestro amor.

Nuestra perfección está en **asemejarnos** a él, a **Jesús**. Por eso este es nuestro objetivo, nuestra petición en todas las Meditaciones que hacemos en esta Segunda Semana, en la cual meditamos los Misterios de la Vida de Cristo: *conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.*

PUNTOS

Ahora empezamos entonces la Meditación propiamente dicha. Dividiremos en tres puntos para estructurarla mejor.

- * Primer punto: el camino y también la llegada a la Ciudad Santa, en Jerusalén.
- * Segundo punto: la pérdida de Jesús, que queda en el Templo y aquellos tres días buscándolo.
- * Tercer punto: el encuentro de Jesús.

Seguimos así la división propuesta por el mismo San Ignacio en el número **[272]**.

[272] DE LA VENIDA DE CRISTO AL TEMPLO QUANDO ERA DE EDAD DE DOCE AÑOS ESCRIBE SANT LUCAS EN EL CAPÍTULO 2, 41-50.

1º Primero: Christo nuestro Señor de edad de doce años ascendió de Nazareth a Hierusalém.

2º 2º: Christo Nuestro Señor quedó en Hierusalém, y no lo supieron sus parientes.

3º 3º: Passados los tres días le hallaron disputando en el templo, y asentado en medio de los doctores, y demandándole sus padres dónde había estado, respondió: (*¿no sabéis que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?*).

1- PRIMER PUNTO: EL CAMINO A JERUSALÉN

Todos los años iban a Jerusalén, dice el Evangelio. Pero leyendo a la ligera no siempre se percibe la distancia real entre Nazaret y Jerusalén. Son más de ciento veinte kilómetros. Pensemos en el esfuerzo que representaba viajar toda esta distancia larga sin coches como entonces, y también con toda la caravana, todas las familias que viajaban juntas. Pero era un esfuerzo marcado por la alegría, como canta el Salmista y ciertamente también cantaban todos los que estaban en esta caravana: *¿Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!* (Sal 122, 1).

Hacían entonces este largo viaje para cumplir la Ley de Dios, a pesar de todas las dificultades. Y ¡cuántos cristianos hoy dejan de ir a la Misa de precepto por banalidades cuando tienen que recorrer pocos kilómetros!

Pensemos en las personas en esta escena del Evangelio. Las personas de la caravana. Pensemos en la conversación que tenían. Probablemente José le iba explicando a Jesús lo que había pasado en el Antiguo Testamento en cada uno de los lugares por los cuales pasaban. Pensemos también en el momento en que se acercaron a la Ciudad Santa, a Jerusalén, con todo su esplendor. También la cantidad de gente ahí reunida, porque no era solamente esta caravana que se dirigía a Jerusalén; judíos de todos los lugares se reunían en la Ciudad Santa.

Aquí entonces buscaré sacar fruto de la meditación sobre la Sagrada Familia que cumplía la Voluntad de Dios dirigiéndose a Jerusalén. También de la alegría de llegar allá, a la ciudad de Jerusalén; mirar el Templo, que como dijimos era algo grandioso.

Pensemos en los motivos que los llevaron a emprender este viaje. Pensemos en todo aquello que, moviéndonos a la devoción, nos acerque a nuestro objetivo en esta Meditación, que es aquello que pedimos en la petición: **[104]** *conoscimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.*

2- SEGUNDO PUNTO: LA PÉRDIDA DE JESÚS

Pasada la fiesta, en el camino de retorno a la casa, el Niño Jesús, de tan solo doce años, permanece en Jerusalén.

Es importante aquí hacer una aclaración: no se trata ciertamente de una negligencia de María y José. Es algo totalmente compatible con las costumbres de la época. Ellos volvían a casa en una caravana junto con muchas otras familias, y en medio de una multitud de otras caravanas también. Muchos autores dicen que probablemente los hombres viajaban separados de las mujeres, lo que hacía creer a José que el Niño estaba con Su Madre, y viceversa. Y eso aún más por conocer la obediencia ejemplar de Jesús.

Probablemente por la noche, en el momento en que todos de la caravana se reunieron, no encontraron al Hijo, y entonces lo empezaron a buscar. Y es justamente aquí que concentraremos la meditación en este punto: en este sentimiento que afligió sus corazones, en sus actitudes, en sus palabras. Pensemos en María y José. ¿Qué hacen? Ciertamente rezan para encontrar a su Hijo. Su confianza absoluta en Dios les mueve a eso. Poner **la oración en primer lugar**.

Buscan también en las demás caravanas que están cerca. Al no encontrarlo, vuelven a Jerusalén. Era un día entero de viaje —ciertamente lo habrán hecho en mucho menos tiempo por la ansiedad de encontrarlo. Debemos pensar en este dolor que sintieron de la pérdida de Jesús.

Ya habían pasado por pruebas hasta entonces, pero siempre **con** Jesús. Por eso en este dolor había algo de peor que en los demás. Ya era una experiencia adelantada de aquella separación de la Cruz que venía después.

María podía pensar: «¿Sería ésta aquella espada que atravesaría mi corazón, según la profecía de Simeón en el Templo?». Detengámonos un poco en el dolor de la Virgen. Podemos razonar muy lógicamente. Cuando perdemos alguna cosa, el dolor es mayor cuanto más importante es la cosa, o al menos cuanto mayor es el afecto por la cosa.

¿Qué puede superar la importancia de Jesús? Él es el mismo Dios.

Pero también el afecto de María por Jesús supera cualquier cosa que podamos imaginar. Porque si el amor que María nos tiene a cada uno de nosotros, individualmente, si este amor supera el amor de todas las madres del mundo por sus hijos, y éste es quizás el amor natural más grande que conocemos, ¡cuánto más grande es el amor que Ella tiene por su Hijo Jesús, en quien fluye su sangre!

Entonces el dolor de María ciertamente ha sido muy grande, más grande de lo que podamos siquiera imaginar. Pero **no fue un dolor desesperado. La confianza en Dios permaneció inquebrantable.**

Y aquí puede ser útil meditar un poco sobre el sufrimiento, **cómo buscamos a Jesús en el dolor.** Es una constante en la vida espiritual. De hecho, San Agustín dice que debemos temer más la prosperidad que la adversidad porque si nos acordamos bien, David no pecó cuando era perseguido, sino cuando vivía en paz como Rey.

También nosotros, especialmente en este tiempo de Cuaresma, debemos buscar a Dios en la penitencia y en el dolor, porque de lo contrario serían prácticas vacías.

3- TERCER PUNTO: EL HALLAZGO DE JESÚS

Vamos a meditar sobre el reencuentro de Jesús. Si grande fue el dolor, mayor debió ser la alegría; alegría del reencuentro en primer lugar, pero también una alegría por las circunstancias en que lo han encontrado, enseñando a los mismos doctores, a pesar de su edad.

Dice el texto del Evangelio de San Lucas:

Y sucedió que al cabo de tres días, le encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y por sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos; y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando. Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. **(Lc 2, 46-50)**

Meditaremos aquí, en este tercer punto también, en el motivo que hizo que Jesús permaneciera en Jerusalén. Como niño, ciertamente le gustaba estar con sus padres, aún más siendo tales padres María y San José. Pero como Él mismo dijo, permaneció en la Casa de Su Padre Celeste, de Dios haciendo por lo tanto Su Voluntad, la Voluntad de Dios.

Jesús nos enseña entonces **la fidelidad al llamado de Dios a pesar de los sufrimientos** que puedan venir con eso. No nos engañemos: Jesús, como un niño, tenía afectos. Como un niño. Jesús es verdadero hombre.

Para un niño normal ya es difícil alejarse de sus padres. Pensemos cómo lo debía ser para Jesús que los amaba con un amor infinitamente superior. Y además, sentía también el dolor de los mismos padres por no encontrarlo, y se compadecía, sufría también por eso. Pero Él dice: «¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». Es el **ejemplo de obediencia**, especialmente de la vida consagrada, que sabe cortar los lazos carnales por amor de Dios, incluso si su familia es la más santa del mundo, como era el caso de Jesús.

Entonces debemos reflexionar, aprovechar esta Meditación y buscar sacar el mejor fruto posible. Debemos seguir el ejemplo de la Sagrada Familia. Siempre estar con Jesús. Si el pecado nos aleja de Él, buscarlo en el Sacramento de la Penitencia. Si el dolor o la desolación nos parecen insuperables, buscar aún más a Jesús en la oración pidiéndole fuerzas.

Debemos como Jesús estar en la Casa del Padre haciendo Su Voluntad porque, así como la Sagrada Familia —San José y la Virgen María— es allí donde encontraremos a Jesús.

Buscar entonces en la Meditación siempre este [104] *conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*. Este es nuestro objetivo. Eso es lo que pedimos en esta Meditación.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Terminemos esta Meditación como todas las otras, con un coloquio como dice San Ignacio.

Aquí podemos hablar con Jesús. Podemos hablar con la Virgen. Podemos hablar con San José, según aquello que la Meditación nos inspire.

Podemos pedir fuerzas en las pruebas; pedir imitar sus virtudes, las virtudes de la Sagrada Familia; pedir la gracia de siempre buscar fielmente a Jesús a ejemplo de María y José que lo buscaron; pedir la gracia de saber dónde encontrarlo —en la Casa del Padre— y así buscar sacar el fruto que deseamos.

Ave María Purísima sin pecado concebida